

EN OCTAVO REGULAR.
El Snoy, Paráfrasis de los Salmos.
Meditaciones del amor de Dios, por el P. Estella.
Dos tomos.

Historia crítica de la vida civil para la educación de
los jóvenes. Dos tomos.

Exercicios Devotos de Grifol.
Divina Filomena de afectos á Christo crucificado.

La Exposición del Cónon de la Misa en latin.

Oraciones sobre las virtudes de Jesuchristo.

Aguirre, de Sociedades.

Poesías de Melendez.

Discurso sobre la inmortalidad del Alma.

Ruina del Prado.

Ornato y música del Templo.

Puig, Elementos de Canto Llano.

Piisima Erga de San Buenaventura.

Arxos, Concilios Generales.

Luis Vives, sobre la Sabiduria.

Sobriedad, y sus ventajas.

Verdadero Maná del Alma.

Carta crítica sobre el uso de los Oratorios domésticos,
por el Doctor Sanchez.

Breve Compendio de los usos y costumbres de los
Griegos y Romanos, para la inteligencia de los His-
toriadores antiguos.

Advertencia de la Clerocia de Francia, celebrada en
París en el año de 1775; con permiso del Rey.

La Voz del zelo Pastoral, ó Representacion del Clero
superior de Francia.

El Poëta y su Compañero.

El Tesoro de Pobres, de Medicina.

Villacastin, para hacer oracion mental.

El Kempis en latin.

La Cruz aligerada.

EL INCRÉDULO

SIN EXCUSA.

PARTE PRIMERA.

CAPITULO PRIMERO.

Fin del Autor en esta Obra, y camino que sigue.

§. I.

Nada con mayor diligencia cultivan los jardineros en sus plantas, que la raíz. A ésta riegan, á ésta engruesan, á ésta desean introducir mas en el suelo, para que esté fuerte (1). Bienaventurados, pues, los Fieles, si todos con semejante desvelo cultiváran en sí la raíz de toda su felicidad, que es la Fé! Fueran todos aquel árbol de vida indeficiente, del qual no sola la fruta, mas tambien las hojas son muy saludables para las gentes, por el exemplo de todas las virtudes. Mas la noticia que he conseguido en cinco lustros (2) de Misiones, me ha hecho advertir quán grande es la necesidad que tienen muchos de atender á esta cultura; pues en vez de procurar que la Fé prenda profundamente en sus corazones, dexan que falte poco para que se venga á secar en ellos. Si no llegan á tenerla por falsa, llegan á sospechar que lo es: que es lo que basta para darles una muerte ménos vergonzosa á la vista, mas no ménos cruel (3):

Parte I. A. El

(1) Apoc. 22. (2) 25 años: enda lustro son 5. (3) C. 1. de Hebreos.

El dudoso en la Fé es infiel; y no lo puede dexar de ser, pues tiene por incierta, dudando una Fé, que es certísima.

Y no es este delito tan raro, como alguno imagina; porque el ingenio les sirve á muchos, como los vidrios de primera vista; que quanto mas fielmente exponen á los ojos todos los objetos vecinos, tanto mas alteradamente les informan de los remotos. El saber con alguna especial pericia lo que pertenece á las verdades naturales, confinantes con los sentidos, les altera á algunos tanto el entendimiento lleno de sí, que les hace concebir desordenadamente las verdades, que sobrepujan la naturaleza. Especialmente que impelido de la vana curiosidad de dar vueltas al mundo, discurre frecuentísimamente mas de uno de éstos por Provincias infectas con la heregía, observa los ritos, oye los discursos; y volviendo á la patria con opinion de que finalmente todo el mundo es país, trae el veneno que concibió en la incauta peregrinación; de modo, que no de otra suerte que el mordido del perro rabioso, se manifiesta con brevedad, no solo envenenado dentro de sí, mas envenenador (1): *Les queda tanta ponzoña, recibido una vez el mal, que se hacen envenenadores los que padecieron los tósigos*. De aquí el motejar de continuo sobre la Fé, y sobre la otra vida, que ella revela, buscando pruebas algo mas claras para darles asenso; y de aquí juntamente el atribuirse vanagloriosamente un entendimiento no rendido á los Oráculos que han salido del Vaticano, y el tenerse por un milagro de sabiduría, porque sabe dudar de los milagros mas famosos, que reverencian los demas con los ojos cerrados, y tambien, si es menester, se sabe burlar de ellos.

Tales son los torbellinos y las tempestades que se

ca-

(1) *Plin. lib. 28. cap. 3.*

engendran, para decirlo así, en esta media región del ayre de un entendimiento, ni ignorante bastantemente, ni docto, y levantado sobre el saber comun, pero no mas arriba, por detenerle los sentidos, comunnes á los brutos: tempestades y torbellinos, que baxan con estrago sobre las campañas sujetas: tanto uno solo de éstos, ni bien Herege, ni bien Catolico, mas candidato del Ateismo, basta tal vez para destruir la mayor parte de su país; y para encaminar muy mal á mil almas con muy poca esperanza de su recobro; pues en ellas se seca el primer pimpollo de todo arrepentimiento, que es la Fé.

§. II.

Deseoso, pues, de reparar tan grande ruina, me he movido á sacar á luz un pequeño libro, que les enseñe á estos descaminados el sendero derecho para hallar la verdad, que es entender bien la evidentísima dignidad que tiene la Fé Católica sobre todas las otras, de ser juzgada infaliblemente la que es, esto es, dada del Cielo. Dixe el sendero derecho para hallar la verdad, porque el buscarla en el largo exámen de sus principales artículos, uno á uno, es buscarla por un laberinto compuesto de tantos rodeos, que el salir de uno fuera entrar en otro mas interminable para un cerebro contencioso. La Religión no ha menester probar los arcanos de su doctrina celestial, mas solamente proponerlos. Lo que ha de probar necesariamente es, que Dios mismo fué su Autor. Probado esto, queda totalmente evidente, que sin mas exámen le han de creer todos sus artículos, con mas firmeza que la que se concede á las demostraciones científicas; pues creyéndolos, fixamos el pie sobre una basa más inmóvil y mas incontrastable, qual es la Divina Veracidad.

Y esta es la diferencia de la Fé (1), que se debe

A 2

á

(1) *S. Thom. 3. dist. 24. q. 2. art. 3. Eccles. 19. 27.*

á las palabras de Dios y á las palabras del hombre: que al hombre, como á quien fácilmente se puede engañar por malicia, ó ser engañado por ignorancia, no se debe creer, sin haber examinado primero su dicho: *No creas todas las palabras; porque quién hay que no haya delinquido con su lengua?* Mas á Dios, en cuya lengua no puede caer defecto ni falsedad, se le debe esta justísima reverencia, que en dándonos suficientes indicios de haber hablado, se recibe ciegamente su doctrina, sin obligarlo á que la pruebe (1): *Quién hay tan impío y tan ageno de Dios, que no le crea, y le pida pruebas á su Magestad, como á los hombres?* Un niño inocente, seguro de que está en los brazos de su madre, no busca mas: chupa, aun con los ojos medio dormidos, el alimento vital que de ella sale impetuosamente.

Por eso la verdadera Religion camina entre dos extremos entre sí opuestos: uno de una supina ignorancia: otro de una insaciable curiosidad. Los Turcos estan tan léjos de saber dar razon de su fé, que ántes tienen pena de la vida, si la examinan; mostrando en esto mismo de qué tela es aquella pieza, que ninguno la puede ni vender ni comprar mas que á tiendas oscuras (2). Los Filósofos puros quieren que sirva la Fé á la ciencia, negando con Abailardo, que asienten á punto alguno de lo que no perciben; lo qual es hacer mayor agravio á la Fé, que le hiciera al Océano quien se obstinára en disputar si se dá: mientras no le puede comprehendir hoyo alguno, quando esta misma perfeccion de su grandeza tan desmedida le hace dignísimo de que le paguen tributo todos los rios.

La verdadera Religion; pues, va por el camino de en medio, que es el real. Ni presume poner en

(1) Clem. Alex. lib. 5. Strom. sub init. (2) Ex S. Bonav. ep. 150. ad Innoc.

claro á alguno con razones naturales la verdad de sus misterios (como los que por la sublimidad de su esfera trascienden la capacidad natural de todo entendimiento, no solo humano, mas angelico), ni dexa de mostrar lo que basta para obligar á que se crean firmemente; esto es, que los ha revelado el Cielo: lo qual hace con tal evidencia de credibilidad, que los argumentos sobre que la funda no convienen á otra secta, ni se puede dar jamas caso en que le convengan, á lo ménos todos: de donde se sigue, que como sapientísimamente la confiesan sus Fieles por verdadera, así necisísimamente la niegan los Infieles, dignísimos por esta cabeza de llorar en una noche perpetua la rebelion que tuvieron á tanta luz.

Estos argumentos, pues, habemos de ir disponiendo aquí con tal orden, que le hagan á la verdad, no solamente cortejo, mas guarda; pues cada uno de por sí, y mucho mas todos juntos, deberá precisar á qualquier sano entendimiento á descubrir la Religion verdadera entre millares de falsas; de suerte, que quien jamas la ha encontrado, la encuentre; y que quien la encontró, y despues por su desgracia llegó á perderla, de repente la recobre; y serenadas todas las dudas, dé finalmente á su erencia aquella paz, de que el Apostol nos queria llenos en un acto de tanto provecho: *Llenos de paz en el creer* (1).

§. III.

Pero por no dexar alguna dificultad, que á manera del pliza enemiga que se ha quedado á las espaldas, les dé á los medio Fieles ocasion de fortificarse en ella para su daño, darémos principio, probando lo que fuera manifiesto por los mismos términos (como lo son los primeros principios) si los términos se aprendieran con claridad, y es que hay un Dios,

(1) Rom. 15. 13.

único universal, primera causa de todos los seres criados. Despues mostraremos, que de estos seres criados tiene Dios providencia; y mas que con especialidad la tiene del hombre, cuya alma herémos ver de propósito que es inmortal. Y con eso concluirémos la primera parte de la obra, deduciendo, que sobre la tierra hay alguna Religion, y Religion verdadera, debaxo de la qual es menester alistarse. En la segunda parte nos adelantaremos á manifestar, que esta Religion verdadera no puede ser otra que la Católica; lo qual para que se descubra mejor, no harémos mas que ponerla en comparacion con aquellas Religiones que le hacen guerra.

Donde es de considerar, que la infidelidad se puede cometer al presente de tres maneras: ó contra la Fé de Christo, ya recibida en su perfecta claridad de verdad (1); y así faltan los Hereges, que admiten, ó hacen por lo ménos profesion de admitir los dos Testamentos el Viejo y el Nuevo, y despues los quieren interpretar á su antojo por no seguirlos. O contra la Fé de Christo, recibida solamente en su claridad imperfecta, ó por mejor decir en sombra; y así faltan los Hebreos, que admiten el Testamento Viejo, pero no el Nuevo, aunque Dios ordenó al Nuevo el Viejo, como figura. O contra la Fé de Christo no recibida de modo alguno; y así faltan finalmente los Paganos, que no admiten ni el Testamento Viejo, ni el Nuevo; mas tienen por legisladores á los hombres, no á Dios.

Pondremos, pues, en comparacion del Paganismo, del Hebraismo y de la Heresia á la Religion Católica, para que el cotejo haga brillar mas clara la verdad, aun para los entendimientos mas flacos. La púrpura adulterada puede agradar á los inexpertos de lejos no ménos que la verdadera, mas no de cerca:

La

(1) S. Thom. 2. 2. q. 10. art. 5. *Suar. de Fide, dec. 16. sect. 4.*

La lana teñida con color ménos noble, separada de la púrpura, parece bien; pero no, si comparas una con otra. Mas ningun otro Paganismo parece que tiene hoy mas nombre que el de los Mahometanos, contados aun de las leyes civiles y de las canónicas en dicha clase (1). Y por eso en vez del Paganismo, tomado en mas largo sentido, nosotros vendrémos siempre á herir, quando hubiere necesidad, al Mahometanismo. Dixe quando hubiere necesidad, porque no habemos de ir con orden á embestir primero á uno de estos tres géneros de Infieles, y luego á otro, y despues á otro, como en tres duelos diferentes; mas ya los asaltaremos á todos juntos, ya á cada uno de por sí, segun la varia fuerza de los argumentos, que se pondrán en execucion para nuestro fin.

El modo de argüir será proporcionado al modo de discurrir que tiene cada una de estas sectas. En la primera parte, peleando con los Ateístas, que no conocen Religion de género alguno; mas se burlan de todas, no traerémos mas pruebas que las conformes al dictámen de la razon; y así tambien lo harémos en la segunda con los Mahometanos, que en su Religion no hacen caso de las Escrituras Divinas, superiores á toda razon. De las Escrituras Divinas, coligadas con la razon natural, nos valdrémos contra los Hebreos y contra los Hereges, segun aquella parte que ninguno de ellos puede repudiar, sin ir á militar debaxo de otro culto, qual es el del Paganismo.

§. IV.

Verdad es, que en esta mi fatiga tal qual no tengo por fin aprovechar solamente á los incrédulos; mas mucho mas tengo por blanco aprovechar á los Fieles. Pues aunque toda la evidencia de la credibi-

li-

(1) *Cod. l. 1. tit. 2. 12. §. seqq. Leges Hispan. part. 7. tit. 24. lib. 5. Decret. & Clement. 1. de Hæret. & Sarac.*

lidad, de que nuestra Religion se adorna, no baste para engendrar aquel asenso inmovible, en que consiste la Fé, mas se requiera para él un don infundido de Dios sobrenaturalmente en el corazon del hombre, conforme á aquello del Apóstol á los Filienses: *A vosotros se os ha dado por Christo que creais en él* (1); sin embargo conduce extremadamente aquella evidencia para recibir este don. Supuesto que la voluntad, despues de haber aprehendido bien del entendimiento la dignidad suma que tiene la Religion de Christo de ser creida, le manda al entendimiento con lleno imperio, que la crea firmemente (cautivando donde no llega toda la repugnancia en obsequio de la suprema Verdad, que sabe tanto mas que él); y así pone (aunque no por sí sola, mas juntamente con el favor de la gracia) pone, digo, casi la última disposición para recibir el don escogido, que es el acto infuso de Fé (2): *El don de la Fé elegido.*

Y aunque es certísimo, que sin un juicio sólido de esta credibilidad, conocida por evidente, se puede dar una Fé, aun divina (esto es, una Fé que sobrepuje en firmeza qualquier asenso firme natural) no se suele dar (3). De donde es menester para concebir esta Fé, que aun los hombres mas idiotas conozcan de algun modo esta grande apariencia de verdad que trae consigo; entendiendo á lo ménos por la fama, que enseñan la Religion Christiana personajes santísimos y sapientísimos, que la tienen todos por infalible, y que la predicán, como baxada del Cielo, á todas las gentes, y como testificada con tales señales, que no se puede dudar que son de lo alto: fama á que aludió el Apóstol, donde dixo: *Por toda la tierra se extendió su sonido*, para denot

tar,

(1) *Philip. 1. 29.* (2) *Sap. 2. 10.* (3) *Suar. de Fide, d. 4. sect. 5. n. 8. Sylv. Man. de Fide, q. 10. u. 4. 15.*

tar, que siendo fama tan dilatada, no podia dexar de tener grande fundamento. Y la razon de esta previa disposición que requiere Dios, es porque aunque su Magestad puede suplir por sí solo en las almas simples todas las ilustraciones exteriores que les faltan con sola su iluminacion interior, con todo eso, á lo ménos de ley ordinaria, no lo quiere hacer, como allí lo insinuó el mismo Apóstol en aquellas voces: *Cómo creerán á quien no oyeron?* Porque Dios, tan suave como fuerte en todas sus obras, quiere que su Religion no sea creible por sola Fé divina para todas las gentes, mas tambien por Fé humana, que es lo que le quita finalmente todo género de excusa á quien no la acepta; pues no aceptándola, no solo se descubre infiel, mas irracional. En lo demas, quién hace que el cédro dé frutas tan olorosas? Seguramente no es el jardinero que le plantó, que le podó, que le regó; es Dios, que por adentro lo vivifica con un vigor, que solo él conoce (1): *Dios es aquel que da el aumento.* Y sin embargo Dios de ley ordinaria no da vigor tan vivifico á algun cédro, si el jardinero no concurre por su lado. Así aunque al creer firmemente, y no solo con probabilidad, que nuestra Religion es la verdadera, no son los motivos de la credibilidad los que le dan al acto tan grande aliento, mas es el Espíritu Santo, que habla dentro de las almas á su modo, quando hay quien le hable por su Magestad por de fuera: con todo eso no suele el Espíritu Santo hablar por de dentro de modo tan vivo, sin que haya quien hable tambien por de fuera, ó por lo ménos haya hablado: *La Fé entra por el oido* (2).

Part. I. B §. V.

(1) *1. Cor. 3. 7.* (2) *Rom. 10. 17.*

§. V.

Y de aquí se podrá fácilmente argüir el inmenso provecho que le traen al Pueblo Cristiano los Sagrados Predicadores, que discurren desde el púlpito de quando en quando sobre esta evidente dignidad que tiene nuestra Fé, de que todos la antepongan á qualquiera secta. De esta manera forman en los corazones de los Fieles como un embrión, esto es, una Fé humana; y de este modo le dan oportunidad al Espíritu Santo de infundir en este afecto aún imperfecto la alma de una Fé divina, que es la que finalmente vence al mundo (1): *Nuestra Fé es la victoria que viene al mundo.* Verdad es, que aunque los Predicadores Sagrados causan gran bien con estos discursos, yo creo sin embargo, que lo causan mayor los Escritores Sagrados, atendiendo á que las razones doctas, que son las propias de tan provechoso asunto, mucho mejor se aprehenden vistas despacio, que oídas de prisa: de donde nadie habrá que leyéndolas, no se haga mas fácilmente dueño de ellas, que escuchándolas poco ménos que por hurto. Y esta dominio parece que está obligado á tener qualquier Fiel, lo mas que pueda, para poder corresponder á su obligacion, que es estar pronto, como le manda San Pedro, para dar siempre cuenta de su esperanza, y consiguientemente de su Fé: *Dispuestos siempre para satisfacer á todos los que os pidiere la razon de la Fé y de la esperanza, que hay en vosotros* (2). Donde es muy de notar, que no dice de los misterios de la Fé, y de la esperanza en particular, mas de la Fé y de la esperanza que hay en vosotros en general; porque el saber declarar la conveniencia de este ó de aquel artículo, que creemos en individuo, es solo de los hombres grandes en los tratados

(1) 1. Joan. 5. 4. (2) 1. Petr. 3. 15.

científicos (1), que no son para que anden en las manos de todos; mas el saber declarar la conveniencia de la Fé universal, que nos obliga á la creencia de esos artículos, ha de ser comun lo mas que se pueda á qualquiera de los Fieles en su grado (2); siendo vergüenza suma, como lo observa San Juan Crisóstomo, que el médico, que el zurrador, que el calcetero, que el texedor, que qualquier otro artifice sepa dar cuenta de su profesion, y el Cristiano no la sepa dar tambien de la suya: *Absurdo es, que el médico, el curtidor, el texedor, y generalmente todos los artífices cada uno pelee por la profesion de su arte; mas el Cristiano no pueda dar razon alguna de su Religion* (3). Y si es así, no habrá aquí quien no vea de quánta alabanza se harán merecedores todos aquellos siervos de Dios, que para enseñar al Pueblo Cristiano á manejar bien estos argumentos de la credibilidad, que goza en su propio favor nuestra Fé sobre todas las otras, los han recogido en los libros, que sabiamente han escrito en su lengua vulgar, para que quien no era apto para aprehenderlos en las extrañas (como se puede juzgar que lo es para muchos, aun en el mismo Lacio, la latina) los aprehendiese en la doméstica. Así lo hizo el Venerable P. Fr. Luis de Granada, Dominicó, á quien, si por alguno de sus Tratados Espirituales, todos excelsos, le convenia aquel Breve de agradecimiento que le envió desde su Trono Gregorio XIII, tan bienhechor de la Religion y de las buenas Artes, con que la Religion se amplifica; seguramente le habrá convenido, mas que por otro, por la Introduccion al Símbolo de la Fé, libro que se ha traducido de la Española en todas las lenguas, aun orientales; por los otros bienes que

(1) P. Lorin. lib. (2) S. Thom. 2. 2. q. 2. art. (3) S. Crisostom. hom. 16. in Joan.

por todas partes ha obrado en los corazones aun bárbaros. Y lo mismo habian hecho otros Escritores ántes que él, y despues han proseguido haciendo: de donde yo no debo tener reprehension alguna porque me uno con ellos para la misma empresa, quando no pueda parecer que llego ya tarde, llegando detras de tantos, que con grandísima alabanza han dicho abundantemente primero que yo lo que yo no podré decir despues de ellos mas que con poca. Sin embargo no me desaliento, porque los socorros frescos, por pequeños que sean, llegan á tiempo siempre mientras yerbe la riña; y no se puede decir en nuestro caso que ésta no yerbe ya, ni que no está para herbir, mientras el infierno tendrá odio á aquella Religion, que es la única en afrentarlo. Añádese que varios de estos libros son, ó dificultosos en el método, ó grandes en el cuerpo, y por eso ménos á propósito para correr por las manos de quien tiene mayor la necesidad. La expedicion de las armas es tan ventajosa, que en las guerras se temen mas comunmente los mosquetes, que las piezas de artilleria.

§. VI.

Y no se me quiera pedir la novedad en un argumento ya tan controvertido. Primeramente, si no hubieramos de decir más que lo que jamas ningun otro ha dicho, habiamos menester enmudecer todos: *Nada debaxo del sol hay nuevo*; ni aun las abejas, símbolo de la industria, al dar su miel la dan por nueva: solo profesan el ir á recogerla por acá y por allá laboriosamente de variedad de flores; y sin embargo ninguno en la naturaleza las ha condenado jamas por inútiles, mas alabado por la forma con que la dan destibada en los panales. Demas de esto, en la materia que tengo entre las manos quiero ántes protestar libremente, que he huído con sumo estudio la novedad, que es poco amiga de la Religion. Es men-

nester mirar aquí solamente á su honra, no atender á la propia. Por eso si sacare yo al campo razones usadas otras veces para defenderla valientemente, juzgaré la victoria tanto mas cierta, quanto mas puedo prometérmela de un cuerpo de soldados viejos experimentados, que de una leva de aventureros visosos. Fuera de que el mismo fin que me propongo de la mayor brevedad que me sea posible, me obliga á no mover todo el ejército, mas á hacer como un destacamento de los argumentos mas fuertes, é impellerlos para la defensa de la verdad.

He deseado formar el estilo, donde lo puedo conseguir, ántes culto que desaliñado, porque jamas he podido percibir que el horin aproveche á las armas. Y si en los rayos tememos tambien el relámpago, quién juzgará que cierta energia en el decir es en las causas ménos oportuna para dar golpe, porque lo da relampagueando? Finalmente alabaré la armonia del número donde retrate el golpear de los herreros, música juntamente y labor.

§. VII.

Resta el amonestar por último á mi lector, que lea todo este libro con atencion y sin pasion: léale todo, si quiere dar sentencia acertada; pues (1) es *indiscreto modo de proceder el juzgar, no habiendo visto mas que alguna particita de la ley, sin haberla considerado bien toda*. Léale con atencion, porque para un quadro puede bastar una ojeada, pero no puede bastar para un libro; y nuestro entendimiento para conseguir la verdad es red, si; mas es red de pesca (que no hace buena presa quando no llega á profundarse), no es red de cazar pájaros. Léale finalmente sin pasion, que esto me basta á mí, aunque

(1) *L. Incivile est, ff. de legibus.*

le falte la pia afecion. Los ojos, para estar bien dispuestos para ver, es menester que se hallen, ni muy abundantes de humor, ni muy faltos. Contentaréme con que esté así vuestro entendimiento, ni demasiado flexible para creer, porque no le tache de ligereza el Sabio: *El que cree presto es ligero de corazon* (1), ni demasiado incrédulo, porque no oiga que vitupera Christo su obstinacion: *O necios y tardos de corazon para creer* (2)! Es ligero para creer el que cree, quando tiene mas razon para no creer que para creer. Es obstinado quien no cree, quando tiene por el contrario mas razon para creer que para no creer. No recibais, pues, mis dichos, como los esgrimidores reciben los golpes, esto es, para rebatirlos de todos modos, ó se le tiren justos ó no justos: recibidlos, como el sulco mullido recibe las semillas para fomentarlás, porque espero no arrojar mas semillas en vosotros que de vida eterna.

Y para que veais con cuánta discrecion quiero proceder, pidiendo vuestro asenso, el asunto de toda la presente obra, sea grande ó pequeña, ha de ser siempre éste: mostraros, que vosotros con vuestra voluntad habeis de hacer mucho mayor fuerza á vuestro entendimiento para apartarle de creer las cosas, que os he de decir á favor de nuestra Religion, que para iducirle á creerlas. Y esto supuesto, veis aquí ya (si no os rendis) que sois el *Incrédulo sin excusa*, que es el título que lleva en la frente esta obra. Porque qué excusa ha de tener en el tribunal de Dios el que no quiere creer, por mas que siempre le hubiera sido mas fácil el quererlo que el no quererlo? Solo podrá decir entónces, que verdaderamente fué necio y tardo de corazon: *Necio y tardo de corazon para creer*. Tardo, porque no se sujeto á la

(1) *Ecc. 15. 4. (2) Luc. 24. 25.*

la verdad, como incrédulo: necio, porque en rehusar rendirse obró contra toda la luz, aun de la razon, como imprudente.

CAPITULO II.

Cuán indignos son de crédito los Ateistas.

§. I.

No parece posible que el hombre introducido en este mundo, como en un templo, para que en nombre de todas las criaturas ofrezca á la Divinidad sacrificio de alabanza eterna, degenerare despues de su grado tan enormemente, que de Sacerdote se convierta en rebelde, y no solo le pleytee á su Soberano el tributo, mas hasta el sér. Y ojalá no prevaricara de esta suerte mas de uno: *Dixo el necio en su corazon: No hay Dios* (1). Verdad es, que si al hombre le es dificultoso el acercarse á lo mas alto de la virtud, no le es quizá ménos dificultoso el llegar á lo mas profundo del vicio. De donde es, que ántes que alguno se haga Ateísta es menester mucho; debiendo para este efecto no solo perder el juicio, mas quererle perder. Ahora, porque el hallar el origen de las enfermedades es grande parte de su cura, procuremos hallar del Ateísmo, por el puro deseo de convertirle á quien está por ventura inficionado con él, la vivora en medicina.

§. II. *Del manantial de los báhdidos de cabeza.*

El manantial mas ordinario de los báhdidos de cabeza no está en el cerebro, como lo cree la gente ordinariamente: está en el estomago, que lleno de humorazos malignos, envia á la cabeza aquellos humos impetuosos, que desconceptándola, la hacen

(1) *Psalm. 13. 1.*

hasta juzgar que los montes baylan. Otro tanto sucede en nuestro caso. El origen de esta incredulidad tan caliginosa no se ha de buscar inmediatamente en el entendimiento alterado, mas en la voluntad, que cargada de todas las porquerías de los vicios, levanta de su pecho humos negrísimos, de donde le provienen al entendimiento aquellos bahidos, que no le dexan tener por firme y por estable ni aun al primer motor.

Yo á la verdad no sé quién eres tú, que has tomado este libro en la mano para revolverle. Quiero creer que eres sin duda fiel á Dios; mas si eres uno de los que no le admiten, por tu vida que tengas por bien que yo te pida á solas con sumo secreto (pues aquí hablamos con todo cuidado) qué has hecho para borrar de lo interior de tu alma aquellos piadosísimos pensamientos, que te estimulaban á reconocer un Fabricador Supremo del Universo, y á venerarle? No me puedes decir que naciste Ateísta: haste hecho tal, si se considera bien, poco á poco. Confésame, pues, por aquella Divinidad á quien no das crédito, cuáles son los grados por donde llegaste á caer en tan grande delirio? No creo que la entereza de las costumbres, la caridad, la paciencia, y mucho ménos la mortificación incansable de tí mismo, te han persuadido que no hay Dios: hatelo persuadido el desgo de vivir, como las bestias, á tu antojo. Y una doctrina tan miserable, que se aprende únicamente en la hediondez, y en los lugares infames de las malas mugeres, ha de ser la verdadera? Dónde jamas se halló, que para penetrar la mas hermosa de todas las verdades fuese menester ponerse debaxo de los pies de la destemplanza? Antes fué perpetuo parecer de todos los sabios, que para indagar qualquiera verdad, no solamente alta, mas aun comun, nada aprovecha mas que tener libré el corazon de las pasiones, demasiadamente á propósito

pa-

para ofuscarle. Cómo, pues, quien mas se dexa dominar de la ira, de la ambicion, de la envidia, y de las disoluciones mas vergonzosas, entiende mas de lo perteneciente á Dios? Quando para contemplar mejor el Cielo le fuere mas conveniente á un Astrónomo el encerrarse en una estufa colmada de humo, que el salir al campo descubierto, entónces se podrá juzgar que la vida pasada entre mil glotonerías y mil carnalidades ha dado á ver, que sobre las estrellas no hay aquel Dios que juzga la gente crédula. Y si así es, permíteme que yo te añada, qué quietud de ánimo te quieres jamas prometer en una secta; en que tienes tan fuerte la presuncion, de que estás engañado, mirando solamente quien eres tú?

§. III.

4 Mas aun quando no fueras de vida tan perversa, sobre que fundamente estableces aquella torre de confusion, sobre cuya eminencia te asomas para darnos la grande nueva de que no hay Dios: *No hay Dios*. Aguardo que me digas con aquellos ignorantes que confutó ya Tulio, que no hay Dios, porque no le pueden ver nuestros ojos. Pero de quando acá se ha de hacer caso del testimonio de los ojos para buscar á Dios? Vénse con los ojos las cosas sujetas á los ojos, quales son las corporeas: mas las espirituales se entienden, no se ven. Demas de esto, por qué me dices que no le ves? No le ves en sí mismo, te lo concedo; pero le ves (si no te quieres cegar á tí mismo) en sus efectos. Dime, te ruego, cómo ves el alma de ese hombre que tienes presente? La ves por ventura en sí misma? No ciertamente: la ves en sus operaciones; y sin embargo éstas te hacen bastantemente creer que la hay: y jamas te pasa por el pensamiento el sospechar, que el cuerpo de aquel artífice que entalla, escribe, estampa, pinta con excelencia, no es cuerpo animado, mas cuerpo muerto,

Parte I.

C

que

que pide ya la sepultura. Pues qué necesidad es esta? Por las operaciones del cuerpo conocer que tiene alma, de adonde nacen, y por las operaciones de tantas cosas criadas no saber conocer que hay Dios! *Nescio* (le decía muy á nuestro proposito el grande Agustino á un hombre de tu mismo genio) *nescio, por las obras del cuerpo conoces al viviente, y por las obras de la criatura no puedes conocer al Criador!* (1) Esto es saber inferir de sus giros al arroyo, y no saber inferir del arroyo á la fuente. Los posthumos jamas han visto á su padre, y sin embargo estan ciertos de que le tuvieron; y no solo estan ciertos, mas juntamente le aman: le aman en los tetratos, le aman en las rentas, le aman en la casa de tanta costa que fabricó para ellos, aun no nacidos. Y á tí no te basta mirar cuánto te ha dado Dios, y cuánto te da, para que creas que existe, ya que no para que le ames? Tú, segun eso, no creerás (si así es) ni lo que es muy manifesto por sola la autoridad de personas dignas de fé, que nos lo afirman, como que el Sol es muchos millares de veces mayor que toda la tierra; ni creerás lo que la razon te precisa á creer con sus poderosas ilaciones.

5 Por eso, pues, te quiero citar á estos dos tribunales para tu provecho, al de la autoridad y al de la razon. Y si quedas en ámbos convencido de que hay Dios, cómo podrás en adelante estar firme en negarlo? Eso será no querer otra regla para juzgar de las cosas que la propia soberbia. De donde podremos concluir, que si la impiedad y el desorden de la voluntad es la madre, como se dixo, del ateísmo, el orgullo altivo del entendimiento es su verdadero padre. Tal es el origen de los animales mas viles.

(1) *Psalm. 73.*

len á luz á la verdad de la podredumbre; mas no sin el concurso de aquel poco de espíritu que al rededor vuela allí por el ayre. De aquí es, que se observa en todo Ateísta un cerebro no solamente soberbio, mas indómito, en tanto grado, que se atribuye á sabiduría aun el error, y á sabiduría suma el error soloy singularmente despues que el amor de la novedad le ha empeñado en juzgarse tanto mas libre, quanto va mas fuera de camino. Entónces creciendo en él con la libertad la altivez, se hace del todo incorregible. Pues así como en el calor de la batalla nadie repara si está herido, así no advierte aquellos golpes que la verdad, para reducirle, le tira, ni se da por sentido de ellos, ó sea la autoridad la que mas le hiere, ó sea la razon. No quieras tú que te demuestre que eres uno de estos miserables. Ríndete, pues, en primer lugar á la autoridad.

CAPITULO III.

Por el consentimiento de todas las Naciones se demuestra que hay Dios.

El mayor número de testigos que requiere la ley son siete; y estos bastan en los testamentos para autenticar las disposiciones de un hombre, aunque haya muerto, entre quien nunca le habia visto. Pues cómo no bastarán todas las Naciones del mundo para hacer creíble la existencia de un Dios vivo? *Exceptuados pocos, en quien se depravó niñamente la naturaleza* (dice San Agustín (1)) *todo el genero humano confiesa á Dios por Autor de este mundo.* Si rodáreis al mundo peregrinando, á lo ménos sobré los mapas,

(1) *In Joan. tract. 106.*

hallareis pueblos entre sí tan diversos de inclinaciones, que apenas habrá dos que se conformen en el modo de gobernarse. Y sin embargo de tanta diversidad de estatutos, no vereis, no diré Reyno, mas ni Ciudad, ni casería que quite concordemente toda Divinidad. Antes no hay parte alguna en donde no se encuentren templos, víctimas, votos, y ministros ordenados al culto Divino: en tanto grado, que os será más fácil el encontrar algun pais adonde falte el Sol, que adonde falte todo rito de Religion. Decia Plutarco, con razon, *que se verá primero Ciudad sin Sol, que sin Dios y sin Religion.* Y si en los últimos confines del mundo se hallan personas tan bestiales, que viven sin leyes, no por eso se hallará allí quien no se avergüence dentro de sí de obrar mal, o no se avergüence á la vista de los demas: y mucho ménos se encontrará quien no se sienta de quando en quando punzar de los estímulos interiores de la conciencia reprehensora, de suerte, que obstando contra su dictamen, no eche de ver que ofende ántes con aquel acto á un Señor Soberano, de quien reconoce como embaxada la voz de la sinderesis. Como puede, pues, ser que este consentimiento tan universal de todos los pueblos, no sea para vosotros un testigo mayor que toda excepcion? Lo que les parece verisimil á todos, dice Aristoteles, no puede dexar de ser verdad: *Aquello que les parece á todos, es verdadero* (1). Nunca acontece en todo el mundo á una hora, mas solamente en alguna parte suya. Y la mentira no puede obscurecer juntamente todo el genero humano, de suerte que sea todo ó engañador ó engañado: *Ninguno los engaña á todos; todos no engañan á ninguno; un singular engaña á otro.* Sen. La razon es, porque el juicio de todos es juicio de la naturaleza, que no puede mentir: y si hizo al hombre para la ciencia, no pue-

(1) Arist. 1. 10. Ethic.

de hacerle guia para el error. Pues si todos, Romanos, Griegos, Judios, Asirios, Etiopes, Egipcios, Caldeos, Alemanes, Españoles, Franceses, Sarmatas, Indios, Persas, Tártaros, Turcos, Chinas, y todos quantos hay, en tantas lenguas diferentes, os dicen que hay Dios, qué temeridad será, que querais vosotros solos hacer reparos á tan grande avenida con vuestro parecer? Podreis acaso alegar alguna edad, en que se haya creído de otra manera? Antes, quanto mas os apliqueis con atenta leccion á recorrer las antiguas historias, tanto mas seguramente hallareis, que el conocimiento de la Divinidad ha estado libre de todo error (1). De donde es, que ántes del diluvio no se lee que haya reynado la idolatría; cuyo origen refieren unos á Nembroth, otros á Nino, y otros á Prometheo, que nacieron despues del diluvio; porque ántes de él la noticia del Criador entre los pueblos estaba vivísima: y esto supuesto, cómo se podia entonces levantar el engaño grandísimo de adorar como á Dios á alguna criatura? Puede tener el cometa entrada aun en el Cielo, pero no la puede tener mas que lejos del Sol.

II. *Si no hay memoria de algun siglo en que en el mundo no se haya creído que hay Dios, quién no ve quan fuera de razon es, el afirmar con los Ateistas, que los hombres son inclinados á hacer esto, porque fueron criados con esta creencia por sus progenitores desde las faxas?*

3. Y lo primero, cómo se hubieran siempre entre sí convenido nuestros antepasados, y se convinieran siempre en esta forma misma de educacion, si ésta naciera, no de la inspiración de la naturaleza comun á todos, mas de la eleccion del albedrío? Quién ha visto jamas en las resoluciones arbitrarías tan grande

(1) S. Thom. 2. 2. q. 94. art. 4. ad 2.

ni se le puede ni se le debe dar testimonio de su fe, ni se le debe dar testimonio de su fe, ni se le debe dar testimonio de su fe. **§. IV.** De la incredulidad. **ROSA**
 la 6. Por eso incluyo en el número de los que dan claro testimonio de la Divinidad aun á los mismos que la niegan. Porque se descubre, que aunque colocando tal vez éstos la gloria en la impiedad, se alaban de que saben tanto mas que los otros; quanto creen ménos, no por eso llegan verdaderamente jamas á la impiedad, de que se jactan, esto es; á no creer nada; y si llegan es por breve espacio: sucediéndoles lo que á un nadador, que aunque se puede meter por fuerza debaxo del agua, no puede estarse debaxo de ella. Si pretende vivir, es menester que, aunque no quiera, despues de haber suprimido algun tiempo la respiracion, vuelva arriba.

7. Pero aun quando quisieramos conceder, que algunos pocos llegan á borrar totalmente en el ánimo toda la creencia de Dios, de qué provecho fuera? No pueden algunos pocos dar excepcion al sentimiento de todo el género humano. Son esos monstruos; y por eso, así como el nacer un hombre con dos cabezas no puede hacer prueba de que no es propio de los hombres el nacer con una sola, así el hallarse tal vez un corazon de conceptos tan torcidos que niegue qualquiera Divinidad no puede hacer prueba de que no es propio de todo el género humano el afirmarla. Tanto mas, que así como los monstruos, por providencia de la naturaleza amorosa, son estériles, y no tienen virtud de engendrar otros monstruos; así estos, quedándose solos en su opinion, no hacen pueblo: y no se pueden jamas preciar de que han inducido á una comunidad entera á profesar como él el Ateismo.

8. Bien veo yo lo que vosotros me podreis oponer, y no lo disimulo: tan pronto estoy aun para poner las armas en la mano. Si el consentimiento de
 .XII. to

todas las gentes es un testimonio de la naturaleza, agenísimo de toda fraude; cómo, direis, no concuerdan todos en reconocer una misma Divinidad, y en venerarla con un culto mismo de Religion? Cierto es que en el un caso la naturaleza nos engaña (pues no nos determina á algun culto particular.) Luego tambien nos puede engañar en el otro inclinándonos al universal. Però no, la ilacion no es legitima: y veis aquí la impugnacion. Vemos que no todos concuerdan en buscar la felicidad donde está colocada; mas uno la busca en las riquezas, otro en las comidas, otro en las carnalidades, otro en la gloria, otro en el mando, otro en la doctrina, otro en las operaciones de gran virtud. Luego no es la naturaleza la que imprimió en el corazon de qualquier hombre del mismo modo buscar la felicidad? No vale la consecuencia. Y la razon es; porque la naturaleza ha inclinado generalmente á todos los hombres á buscar el bien, mas no les ha dado que vean intuitivamente donde se halla. Los hombres, pues, siguiendo la libertad de su talento, se aplican con variedad á apreciar mas este bien que aquel, confundiendo no raras veces por necesidad la copia con el original, el cuerpo con la sombra, lo real con lo aparente. Decid lo mismo en nuestro caso. La naturaleza ha inclinado á todos los hombres á reconocer una Divinidad dominante; mas no se la ha dado á mirar en sí misma, ni se la podía dar, no siendo hábiles para esto los entendimientos metidos en los sentidos: quiere que la descubran por los efectos. Los hombres, valiéndose con variedad de este instinto, han reconocido esta Divinidad donde no estaba, y se han portado como los niños, que por la imperfeccion de su discrecion llaman al ama que les da leche madre, y vuelven las espaldas á la madre que los parió. Han llamado los necios Dios al Sol, Dios á las Estrellas, Dios á los Elementos, que les daban el sustento inmediato, y han

vuelto las espaldas á aquel Sumo Bien, que los sacó hasta de la nada. Por eso la misma idolatría, que tan largo tiempo ha reynado por el universo, puede confirmar las pruebas de la Divinidad, no puede enflaquecerlas: errando los Idólatras no en la tesi, mas en la hipotesi; esto es, errando en persuadirse en particular, que este ó aquel objeto, á quien suplican, es Divino: no errando en el juzgar que hay algun Numen presidente de todo. Que es lo que maravillosamente entendió el mismo Ciceron, donde dixo: *De los hombres no hay gente alguna tan fiera, que aunque ignore qué Dios sea decente tener, no sepa que se ha de tener* (1).

9 Vosotros, pues, si rodeando á vuestro gusto la Europa, la Africa, la Asia, y hasta la América misma, que es la mas bárbara parte, no hallareis pueblo que de un modo ó de otro no os afirme que hay Dios: qué contradicción es la que es menester que hagais á vuestro entendimiento, para que esté duro en no creerle, oponiéndose solo á tantos! Por ventura será menester hacer otro tanto para que lo crea? La autoridad en todo genero tiene tan grande peso, que finalmente nos oprime, quando no tenemos alguna evidencia en contrario, que nos sustente. Mas qué evidencia podeis vosotros ostentar en favor del Ateísmo? La evidencia no está de vuestra banda, está de la banda contra que militais. Porque, aunque no le sea manifiesto á qualquiera por sola la aprehension de los términos, que hay Dios, es sin embargo manifestísimo para quien los entiende.

10 Pero porque esto no es mas que llamaros del tribunal de la autoridad al de la razon, seguidme, y os precederé.

(1) Lib. 1. de Legibus.

CAPITULO IV.

Por los efectos se demuestra que hay Dios.

Difícilísimo es, no os lo niego, el probar por su causa que hay Dios: ó por mejor decir, es del todo imposible; porque la primera Causa no puede tener causa de que provenga. Mas qué aprovecha? Quan escondido está el Nilo para los Egipcios en su fuente, tan manifiesto está en su creciente. Basta, pues, que la causa primera se demuestre por los efectos, que le son muy proporcionados: no con proporcion de dignidad, como la tienen las cosas engendradas con el generante; mas con proporcion de dependencia, como la tienen las cosas hechas con el Hacedor. Y si estos efectos, respecto de su fuente in exhausta, no son mas que una gota; respecto de nosotros son una creciente bastante para inundar toda grande consideracion. Antes, pues, que os llegue á sorprehender, atended.

§. I.

2 Es indubitable, que á todo no pudo preceder la nada: porque si la nada hubiera sido tan antigua de edad que hubiera precedido á todo, aun un momento solo, no fuera posible cosa alguna. Porque de qué podría tener ésta el nacimiento, esto es, el paso del no ser al ser? Seguramente le habia de tener, ó de sí ó de la nada anterior á sí. Mas la nada no puede dar lo que no tiene; quiero decir el ser real. Y si ella en este punto comienza á ser, cómo se pudo hacer quando no era aún?

3 Veis, pues, que forzosamente se ha de conceder que hubo eternamente algun ser, necesariamente existente, que dió el ser á lo que no lo gozaba. Y este ser, necesariamente existente, Padre, Productor, Hacedor de quanto hay fuera del mismo, es

el que llamamos nosotros la Causa primera, que precede por toda eternidad á todo lo criado.

4. Pero los Ateistas son ciertas bestias protervas, que tropiezan á cada paso; y por eso, aunque esta es una tabla de agua tan clara, rehusan mirarla. Y ántes que conceder aquella eterna Causa de todo, que os decía, ó conceden infinitos efectos é infinitas causas, sin que jamas se llegue á hallar la primera; ó dan en otros despropósitos, que despues llegaremos á rebatir uno á uno, como muchas locuras. Sino teméis, pues, juntaros con estos, preparaos para llevar del brazo de la razon heridas horribles, como son las que se suelen descargar sobre los mentecatos.

5. Y para convalecer de las que le convienen al primer absurdo, no veis que el querer en la asignacion de las causas proceder en infinito, no es mas que echar por tierra el discurso humano por sus fundamentos? Delante de qualquiera multitud, sea la que fuere, es necesario, como lo dixo Platon, que haya la unidad: *Preciso es poner la unidad ántes de toda muchedumbre* (1); porque el uno es el que al fin da leyes al todo. Si la galera á pesar de la culpa se mueve en el mar, es porque la mueven los remos, los remos porque son movidos de los Galeotes, los Galeotes porque son movidos del Comitre, el Comitre porque es movido del Capitan, el Capitan porque es movido del Almirante, el Almirante porque es movido del Rey: es menester llegar finalmente á aquel uno primero, de que proviene que esa galera sea impelida de tantos para su curso: de otra manera se estuviere aun ociosa en el arsenal. Veis, pues, que á esta multitud de motores subordinados necesariamente se le ha

(1) *S. Thom. 1. 2. q. 44. art. 1. in corp. C. 2. p. 117. art. 3. in corp. C. contra Gent. A. x. c. 48. 77. quod omnia ab uno procedunt.*

de dar el subordinante, de quien dependen todos, como los instrumentos dependen del artifice. Lo que acontece en esta multitud sucede en qualquiera otra que podeis diyisar vosotros en nuestro mundo, donde nada hay estable, todo está en movimiento. Es menester á cada una darle primer motor, no movido en sus operaciones de otro alguno; y por consiguiente es menester darle tambien con mas razon á toda la multitud universal de las criaturas, que como no puede constar de causas puramente instrumentales, es fuerza que tenga unida con estas la principal; y esta es la Causa primera.

6. Y valga la verdad: no vemos todos los dias con nuestros propios ojos venir al mundo muchas cosas nuevas, á la manera de las personas que salen la primera vez en la comedia sobre tan gran teatro á hacer su papel? Pongo por exemplo: vemos todas las horas nuevos hombres, que consiguientemente se van derivando de uno en otro por el nacimiento. Ahora vamos con el pensamiento, si así es, navegando siempre hácia atras, y contra la corriente de tantas generaciones, subamos de padre en padre á observar á qualquiera; será menester ciertamente llegar á un padre primero, que sea formado inmediatamente por esta primera Causa tan necesaria, que llamamos Dios; si no queremos negándole tropezar de repente en el imposible sumo, que es (segun Agustino) que un efecto nuevo se produzca á si mismo, el recurrir á infinitos hombres engendrados, los unos de los otros amortiguando la dificultad, ántes la hace mas viva. Porque, preguntó: entre estos infinitos hombres que decís, hay alguno que posea virtud de engendrarse á sí mismo, ó no le hay? Si decís que le hay, conceded el absurdo máximo escarnecido ahora; y si decís que no, luego es necesario señalarle á cada uno de aquel escuadron (donde ninguno se puede dar el ser á sí mismo) al-

guno que se le dé: y este es la primera Causa, de que pende todo lo que por sí no puede ver la luz.

7 Figuraos con la imaginacion una cadena inmensa de anillos colgados en el ayre; si para sustentarse el último de ellos tiene necesidad del siguiente, con quien está enlazado, y otro de otro, será menester llegar á un anillo que no pueda caer como los antecedentes, sino que sea tenido de otra mano invisible que no se dé por vencida: de otra manera, toda la cadena compuesta de estos anillos caerá en tierra. Ni vale que estos anillos son infinitos, y que por eso falta en ellos esta suposición de llegar al primero; porque si son infinitos, qué importa esto? Quanto se les añade á los anillos de número, tanto más se le acrecienta á la cadena de peso, no de firmeza: pues es certísimo que no por eso se halla entre tantos anillos alguno que no pueda caer: y esto basta para hacer que caigan todos, si ninguno los tiene. Pues á este mismo modo figúid mas y mas hombres, quantos quisieréis: si cada uno para ser tiene necesidad de otro, que sea su padre, será menester constituir un principio que dé firmeza á tan grande concatenacion, y no sea juntamente un anillo semejante á los otros, esto es, no tenga necesidad de alguno que sea su padre, mas subsista por sí mismo, y pueda sustentar á los otros sin ser sustentado; ó, para hablar mas claro, pueda causar á los otros sin ser causado, que es aquello en que consiste finalmente ser Dios. Y lo que he dicho de cada individuo comprehendido en el Interminable esquadron de engendrados y de generantes, decido de todo esquadron tomado junto á manera de multitud. Como ninguno de sus individuos puede ser por sí mismo, así tampoco el esquadron: no cuando el esquadron finalmente de mas (de qualquiera suerte que se tome) que de aquellos tantos hijos y de aquellos tantos padres, que vamos en él á pasar con el pensamiento por linea recta. Y con esto queda totalmente des-

desbaratada la infinitad de las causas eficientes del todo quimérica en excluyéndose la primera.

§. IV.

8 Y no porque yo os haya aquí hablado de estas causas solas, que hacen mas á nuestro propósito, habeis de creer que en ellas solas sucede esto; sucede en todas: tanto, que si en señalarlas donde nos es forzoso se hubiera de proceder en infinito, miserables de nosotros! Qué, supieramos jamas de algo? La sabiduría verdadera es saber lo que se sabe por sus causas: *Saber la cosa por su causa* (1); esto es, saber de pintura, saber de música, saber de marinería, saber de agricultura. De adonde quien no sabe las causas por que se debe en alguna arte proceder de una forma mas que de otra, no sabe nada. Mas quién pudiera discurrir por todas las causas una á una para aprender la facultad que desea sino tuvieran fin?

9 De aquí, si se habla de causa final, se requiere término; porque si aquel jóven endereza el exercicio á la salud, la salud al estudio, el estudio á la ciencia, la ciencia al grado de Doctor, el grado de Doctor á la Cátedra de mas ganancia, es menester llegar á un límite en que descance la intencion del operant de otra manera, sin esté fin, que sea como meta, ninguno saldrá jamas de la raya.

10 Si se habla de la causa material, se requiere término: porque si la estatua está hecha de carton, el carton de papel, el papel de andrajos, los andrajos de lienzo, el lienzo de lino, tejido, es menester reducirse á una materia cierta donde finalmente se pare: de otra manera no se sabrá de qué se ha fabricado esa estatua.

11 Y si se habla de la causa formal (que es aquella de que se toma la definicion de qualquiera cosa) se re-

(1) *Arist. 2. Met. text. 5.*

requiere igualmente el término como para las otras. De adonde si se afirma que el hombre es animal racional, el animal es viviente sensitivo, el viviente lo que es apto de algun modo para obrar por sí, es menester semejantemente reducirse á un constitutivo final del hombre donde se acaba: de otra manera nadie jamas podrá demostrar lo que es, pues nadie le podrá definir.

12. Ahora, si en todos los otros géneros de causas que se pueden hallar se requiere la primera, que dé como el movimiento á la obra; cómo puede ser que no se requiera tambien en este de que se trata; esto es, en el género de las causas efectivas, de que dependen las otras? En quitandose la causa fabricadora de alguna cosa, como de un palacio, de una tela, de una pintura, ni hay la final, por que se haga, ni la material constitutiva de la cosa hecha, ni la formal. Por eso ya como todo conspira á quererlos por el hilo conducir á Dios, que es la primera causa altísima, conteniendo al mismo tiempo la necesidad de quien quiere ántes proceder en infinito, para asegurarse así de no necesitar jamas de llegar á hallar la nada; que es el término donde aspiran los Ateístas, principalmente yéndose á la otra vida!

13. Por eso si vosotros, necesitados por tantos lados á admitir esta causa, me dixereis por ventura con Plinio que es el otro absurdo no ménos digno del escarabajo público, en que tropiezan justamente los que quisieran como escollos demasiadamente enorme, evitar el primero. Tropiezan en afirmar que el mundo no fué hecho, mas es por sí, y ha sido por sí por toda la eternidad. Veamos pues quan lejos van de la verdad.

se (1803) meinsplapp eb noisimab al amur se sup ob

-21

CA-

CAPITULO V.

El Mundo no pudo ser por sí mismo.

Quando se quiere coger la rosa es menester proceder siempre con tal destreza, que no se punce al mismo tiempo la mano con mil espinas enojosas que la cercan. Al mismo modo, quando se quiere conseguir la verdad, que se busca en este capitulo, ya que no se puedan evitar totalmente las contenciones escolásticas, que son las mas espinosas, procuráremos á lo ménos tratarlas de suerte que no hieran, como quizá lo han hecho en el precedente.

§. I.

Decidme pues (ántes que demos un empuellon al Mundo, y le arrojemos á fuerza de razon vud del trono en que le han colocado sus estóldos adulaadores como á Numen supremo) quién os ha dicho á vosotros que el Mundo no tuvo principio? Aristóteles entre los problemas dialecticos, que dan lugar de disputar verisimilmente por la una parte, y por la otra de la contradiccion, puso éste del ser ó no ser el Mundo eterno: *Si el mundo es eterno* (1). Y si bien mostró que le tenia por tal, sin embargo, donde lo trató de propósito, probó muy bien, que no subsisten aquellos caminos que los Filósofos antiguos habian trillado para darle principio; mas no descubrió los suficientes para negarsele (2): ántes confesó ingenuamente, que el parecer universal de los hombres favorecia la produccion del Mundo en tiempo: *Todos engendran al Mundo*: tanto ella es mas conforme al juicio de la razon.

Y valga la verdad: quánta violencia es menester

Parte I.

E

ter

(1) *Lib. 1. Top. c. 6.* (2) *S. Thom. 1. p. q. 46.*

ter que os hagais para que juzguéis ántes, que no comenzó el Mundo? Si hubiera sido eterno, parece que no hubiera necesitado de aguardar tantos siglos para hacerse docto. Los Arabes se alaban de que ellos fuéron los primeros entre todos los pueblos en observar los movimientos de los Cielos: los Egipcios, de que fuéron los primeros en enseñar la Medicina: los Griegos, de que fuéron los primeros en introducir la Marinería: los Cartagineses, de que fuéron los primeros en encontrar la Mercancia: los tiempos ménos remotos de nosotros no nos han dado el uso de la Calamita, el de los Arcabuces, el de la Artillería y el de la Imprenta, tan ignorado por larguísimo espacio de nuestros antepasados? *No da juntamente todos sus misterios sagrados la Naturaleza*, decía Seneca. Si el Mundo, pues, hubiera sido eterno, hubiera precedido en los hombres un eterno estudio y una eterna experiencia. Y por eso, como se puede creer que no hubiera bastado una eternidad para hallar aquellas industrias, para cuya invención bastó el espacio de seis mil años? Por ventura el Mundo se estuvo siempre infantil, y solo de pocos siglos acá llegó á la edad de la discrecion?

§. II.

Puede ser que digáis, que todas estas artes florecieron en algun tiempo en el Mundo; pero que poco á poco se fueron perdiendo de modo que se llegó á perder su pericia. Sea esto que decidis: mas como por lo ménos no nos queda ni aun la memoria? Esto no se puede creer sin grandísima dificultad. Porque, qué lima podemos divisar en la naturaleza, que haya llegado á rair de los ánimos tan altamente todos los vestigios de lo que era tan provechoso para el comun del genero humano? Miramos que los hombres han fixado en su corazon un deseo insaciable de su alabanza; de donde ño solo las provincias mas ilustres, mas hasta las vulgares van ostentando lo que

en

entre ellas merece la celebridad de singular: y por medio ó de pinturas ó de esculturas ó de inscripciones, ó de libros, ó por lo ménos de palabras, suelen ir derivando de padres á hijos lo que inventaron memorable. Y sin embargo no tenemos memoria alguna de que haya poseído esta eternidad alguna arte por fincilita que sea: ni los siglos mas remotos han trasladado jamas á los cercanos alguna noticia de las ciencias, de que nos habemos juzgado siempre privados. El mas antiguo Historiador de que habi la fama fue Beroso Caldeo (1); y sin embargo no supo empezar sus narraciones por otra cosa que por el Diluvio tan célebre de Noe. Y las mas antiguas Poëstias son sobre destrucciones ó de Troya ó de Tebas (2), Ciudades conocidísimas no solo por sus muertes, mas por sus nacimientos. Pues si el Mundo es tan viejo que es eterno, cómo son sus Escritores tan mozos?

Sé que recurriréis aquí á los repetidos diluvios, que sumergiendo de quando en quando la tierra, con las vidas de los hombres han extinguido tambien todos los monumentos de sus empresas mas hermosas. Pero recurriréis por vuestro gusto en la naturaleza no hay esta fuerza inmensa de sobrepujar todos los montes con tales avenidas que aneguen el universo; pues no tiene mas pozas de adonde saque agua, que despues vierta sobre la tierra y sobre el mar, que los senos mismos de la tierra y del mar sobre que la vierte: que por eso el diluvio de Noe, de que poco ántes hice mencion, sucedió por virtud de la Justicia Divina, que montó en ira, y no por junta de constelaciones lluviosas que entonces concurrieron; pudiendo excitar éstas algun diluvio particular, qual fué el que en tiempo de Deucalion anegó toda la Tesalia; mas no pudiendo excitar éstas, como lo muestra el Filósofo, diluvio alguno universal (3).

E 2

De-

(1) *Jon. cont. Apionem*, l. 1. (2) *Lucret. l. 5.* (3) *Arist. l. 1. Meteor.*

Demas de esto paso á preguntaros: ó ponemos que por estos diluvios, replicados, siempre que las estrellas concurren en tal puesto determinado, han llegado ha perecer todos los vivientes, ó que ha escapado alguno? Si que ha escapado alguno, como éste no dexó á sus pósteros tan grande aviso del Mundo naufrago; á la manera del que escapó por suerte dichosísima de la derrota de algun famoso exercito hecho pedazos trae á los otros la funesta nueva, y gusta de parecer tanto mas feliz en la comun infelicidad quanto ha sido mas solo? Si se pone, que todos los vivientes quedaron muertos, quién, pues, volvió á engendrarlos de nuevo? quién les dio leche? quién los crió? quién los proveyó del necesario sustento en aquellos primeros años? quién los enseñó al vivir bien, que nadie sabe sino lo aprende? Despues del diluvio particular de Ogyges, que ahogó la Atica, sabemos que estuvo aquella provincia doscientos años sin volverse á habitar. Qué daño pues no hubieran obrado en el Mundo estos repetidos diluvios tan universales, á no haber sido fábulas? Si despues del de Noe quedó la tierra en breve tiempo habitable para sus hijos, que se salvaron en el arca, decimos, que esto sucedió por fuerza de aquel viento milagroso que despertó Dios para secarla fuera de toda ley (1). Mas qué milagro puede alegar el que niega á Dios? Bien puede obrar tal vez la naturaleza debaxo de su virtud produciendo los monstruos; mas sobre su virtud jamas puede hacer nada: tan limitada es por sí sola.

§. III.

Antes, pues, de aquellos diluvios pequeños, mas verdaderos, que á menudo suceden en el mundo, siguiendo las pisadas de muchos hombres doctos (2), arguyo contra vosotros, y pruebo que fué

he-

(*) *Perec. in Gen. 1. 2. l. 12. d. 14. (2) Cohaus l. 1. Hecor. tex. 72.*

hecho en tiempo. Vemos por un lado en la naturaleza una causa, que poco á poco va cada hora disminuyéndonos los montes. Y esta es la lluvia arrebatada que baxa de sus cumbres, siempre turbia y de color de tierra, por la mezcla que trae de ella consigo, como hurtada, á los valles. Y por otro lado no vemos en la misma naturaleza causa alguna que haga la debida restitucion, volviendo á llevar y á reponer el terrero caído sobre las mismas cumbres. Luego los montes no han sido eternamente de otra manera, ahora se hubieran ya allanado infinitas veces, y no solo baxado. Han menester, pues, de necesidad los Ateístas, ó confesar que el Mundo fué hecho en tiempo, como decia; ó quando quieran mantener con perfidia que fué eterno, hallar una causa mas poderosa en el obrar que la naturaleza, que haya de quando en quando alzado estas grandes máquinas por la multitud de los años postradas en el suelo: pues el recurso que hacen algunos á los terremotos para defenderse del golpe de esta razon tan fuerte no es bastante: porque por quantos terremotos han sacudido hasta ahora la tierra con horrible violencia, sabemos bien que se han hundido muchas Ciudades, mas no sabemos que se haya levantado ni aun un pequeño collado, quanto mas una muralla invencible de montes, semejantes á los Apeninos y á los Alpes. Y si es así, tantas lluvias no fabulosas sino ciertas como han venido al Mundo, demuestran que nació de un parto con el tiempo, y que por consiguiente tuvo Artífice que le sacó del seno de la nada.

§. IV.

Luego, baxando aun mas de lo universal á lo particular, es menester que os pregunte qué entendéis por Mundo quando insistis en decir que fué eterno? Entendéis las generaciones de los hombres? No, cierto; porque, como hemos visto, éstas debían por fuerza tener principio. Y por eso ni podéis entender tam-

po-

poco por Mundo las generaciones de los brutos, que nacen de la misma manera. Es necesario, pues, que por Mundo os reduzcais á entender, no los habitantes, mas sola la habitacion, esto es, el globo Celeste, que es la boveda, y el Terrestre, que es como el suelo, cercado con el agua, y adornado en la tierra firme de plantas, de piedras, de metales, y de tan diversos mixtos, que la hermosean maravillosamente.

Mas poco á poco; porque les es manifestísimo á todos los sabios, que la fábrica del Mundo se hizo únicamente en gracia del hombre, el qual, si bien se pondera, es el que coge un fruto incomparablemente mayor que qualquier otro viviente, pues se vale de todas las criaturas, ó para comida, ó para defensa, ó para recreacion, ó para medicina, y ya que no para otra cosa, para lo que es propio suyo, que es la adquisicion de la ciencia. Para qué, pues, hubiera servido tan grande fábrica, si como en casa vacía hubieran precedido infinitos siglos á la introduccion de aquel noble habitador para quien se hizo? Por ventura se les habia de conceder tan grande Palacio á los brutos solos? Mas lo primero no me podeis hacer mas mencion de éstos: de otra manera, os preguntaré de nuevo, cómo nacieron los brutos por via de continuadas generaciones desde la eternidad, si suponeis que falta la causa primera? Despues añado: cómo podía la naturaleza amarlos tanto, no siendo ellos capaces de la verdadera amistad, que consiste en la reciproca correspondencia de los ánimos, y en la comunicacion de los arcanos, propia de solas las criaturas intelectuales? Demas de estáo, cuántas obras hermosas hubieran por una eternidad sido inútiles sin el hombre? Para qué producir tanta variedad de fragancias delicadíssimas si no habia un sabio que pudiese gozarlas? Las bestias no hacen caso de mas olor que de uno, que les descubre sus dos delaytes sumos pertenecientes al apacentarse y al propagarse. Para qué la armonía de tan-

tantas avecillas cantoras, si no habia orejas que la estimasen? Para qué los teatros de los bosques, de los prados, de las llanuras, y lo que es mas de tantas Estrellas como adornan el firmamento, si no habia ojos capaces de recrearse con ellas por toda una eternidad? Demas, que volviera á resucitar el argumento traído arriba. Quién fué el primero que hizo comparecer á los hombres en este gran tablado despues de una eternidad (si así la queremos llamar) de escena vacía? Brotaron por ventura de la tierra, como brotan los hongos, ó nacieron del polvo, como los escuerzos y como las ranas, si es verdad que las ranas y los escuerzos no tienen mejor madre? Estraño entendimiento, pues, es menester que sea el vuestro, si hallais mémos dificultad en admitir el Mundo eterno entre tantos absurdos como es preciso tragarse, como si fuera un avestruz, que en admitirle hecho en tiempo; esto es, hecho quando gustó el Soberano Arquitecto de fabricarle.

§. V.

Esto se ha dicho para pura sobreabundancia de la verdad. En lo demas, qué necesidad tengo yo de contender con vosotros sobre este punto, como si de él dependiera todo? Pase por concedido, lo que no solamente no es de hecho, mas, á mi parecer, ni aun posible; esto es, que el Mundo haya sido sin principio: por eso los Ateístas han vencido la causa? Dexareos á vosotros que lo juzgueis.

Querian engañarnos, si pudieran, poniendonos delante, como lo hizo Totila, un escudero vestido de Rey. Pero qué ergañados van! Le diremos al universo tambien nosotros, como le dixo á aquel escudero el Grande Benito, que se quite de los hombros los Oros y los Ostrós, que no son suyos: *Depon, hijo, depon lo que llevas, porque no es tuyo.* Es una máscara la albanza que estos iniques te quieren atribuir de divinidad: y tu cabeza por hinchada que

esté, es mucho menor que la crecida corona que estos te ofrecen como á Numen: *Es puesto en razon que el Mundo se crea Numen, eterno, inmenso, y ni engendrado ni defectible jamas* (1). Fueron delirios de la Filosofia frenética, no fundada. Veamos esto con claridad, desnudando al Mundo, como á Numen ilegítimo, parte por parte de todo su mentido adorno.

Este todo, visible para los ojos humanos, se puede dividir en dos generos de cosas; unas son corruptibles, y así nacen y mueren á cada paso: otras son incorruptibles, y duran siempre. Por lo que toca á las corruptibles, no hay duda que tienen su causa, y que no son para sí mismas el manantial de todo su sér; pues tienen necesidad de mendigarlo de fuera, naciendo de las muertes ajenas: *La corrupcion de una es generacion de otra*. Queda, pues, que quizá pueden pretender mas verisimilmente esta gloria las incorruptibles, esto es, los Cielos, los Elementos. Mas no sucede todo lo opuesto: éstas la han de pretender ménos. Porque quien se puede persuadir á que los Elementos, ó á que los Cielos puestos en el infimo grado del sér, todos corpóreos, y lo que es peor, privados totalmente de vida, pueden poseer en sí tanto bien, como es no deber su sér á algun otro fuera de sí, que es lo mismo que ser el Sumo Bien? El Sol, que se sienta en el Cielo, como Rey en su trono excelso, es sin embargo mas imperfecto que una hormiguilla: y esta bestiezueta tan vil, si fuera apta para elegir, tuviera en sí tanto juicio, que no trocaría su pobre suerte con aquel Planeta, y reputára con razon, que el ser capaz de experimentar su bien propio, y de complacerse en él, vale mas que todo el oro que la naturaleza le ha deramado tan liberalmente en el seno al dilatadísimo cuerpo del Sol, privado de sentido. Pues si no puede ser por sí la hormiguilla, que posee un grado de sér mas

(1) *Plin. lib. 1. cap. 1.*

perfecto que el Sol, mucho ménos podrá ser por sí el Sol, que no llega á este grado. Y si es así, no fué necesidad quererle vender por Dios? Muy mal se hubiera colocado este tesoro de la Divinidad en una profundidad tan sin suelo, que jamas le pudiese llegar á encontrar el dueño por su ceguedad; muy mal se conservara el dominio de las cosas en un Rey, siempre dormido, y aun inhábil para despertar; y las riendas del gobierno le estuvieran muy mal en la mano á uno, que en tanta luz no solo no puede conocer á alguno de sus vasallos, mas ni se puede conocer aun á sí. Y si el Sol no es aquel Dios que se busca, en qué otro de los Cielos estará? En Marte, en Mercurio, ó en las Estrellas, que por altas que esten en el Firmamento, es menester al fin que cedan al Sol?

§. VI.

Y sin embargo no he dicho lo mejor. Quien es por sí, es como es menester que sea, quien es Dios, esto es, todo por sí mismo; y como no puede tener causa evidente de su sér propio, así tampoco puede tener causa final. Porque el sér destinado para un fin, sea el que fuere, demuestra claramente un sér advenedizo, esto es, prestado de otro agente mayor, que pretende aquel fin. Y sin duda todos los Cielos tienen un fin conocidísimo fuera de sí, y no son fin de sí mismos, siendo por una parte inhábiles para deleytarse con todos sus bienes, y corriendo por otra sin cesar para beneficio de los otros, sin perfeccionarse con sus movimientos, y sin probar una gota de aquel provecho ó de aquel placer, que llueven continuamente sobre tantas criaturas, inferiores á ellos en sitio, no en valor.

Mas. Quien tiene el sér por sí, es necesario que haya sido siempre; y si fué siempre, fué ántes que todo su contrario, esto es, ántes que toda su nada: de adonde es que le ha vencido totalmente,

teniéndole eternamente lejos de sí. Y siendo tal, cómo puede encerrar alguna especie de imperfeccion? Quien ha vencido por sí mismo la mayor nada, que es la que se opone al sér, mucho mas habrá vencido la menor, que es la que se opone á solo el bien ser. No se puede, pues, entender, cómo quien no es causado por alguno, es limitado en alguna prenda propia; no pareciendo posible, que alguno sea causa por sí de limitarse á sí mismo. Quien tiene el sér por algun otro, es como le está bien al otro que sea; mas el que lo tiene por sí, es fuerza que lo tenga como á él le está mejor; y no reconociendo otra necesidad que á sí mismo, fuera muy necio en hacerse lago, pudiendo ser mar; en hacerse vasallo, pudiendo ser Monarca; y en ocupar como una tira de bien, pudiendo poseer la pieza entera, que es interminable: *El ente por sí es el mismo todo*, dice Aristóteles (1), epilogándonos mucho en poco.

Hácese, pues, por todo esto mas que cierto, que los Cielos y las cosas incorruptibles estan inmensamente distantes de la Naturaleza Divina: de donde no se puede reconocer por Dios este numen fabuloso del Mundo, sin revolver el Mundo de abaxo arriba; esto es, sin abatir al primer Artífice, para substituir en su lugar una estatua muerta, que ni aun representa la imagen de sus facciones: tan diversas las tiene. Bien puede, pues, el Mundo ser el reyno, pero no el Rey. Y si queremos volver al primer exemplo, bien puede ser siervo, vestido como Príncipe magestuoso, pero no el Príncipe. Y esto supuesto, repítámoste unidos: *Depon, hijo, depon lo que llevas, porque no es tuyo*; pues sola la luz natural misma nos hace que sepamos discernir bien un Dios de farsa de un Dios de seso.

Verdad es, que por este soñado numen del Mundo

(1) *De gener. anim. cap. 1.*

do no es mucho que entendaís el Universo visible, mas animado de una mente invisible, que lo informa. Y si es así, qué os puedo yo añadir, sino que de Ateístas pasais sin advertirlo á Idolátras, variando los errores para no deponerlos? Mas gloria al Cielo, que por lo[ménos no tomáis mas al sentido por único testigo de la verdad, y os persuadís á confesar una mente, aunque no la veís, que os asiste! Quién sabe sí, como la calentura que sobreviene consume tal vez aquellos honorazos, que engendraban los bahidos, así este nuevo error os dispondrá para librar al entendimiento de vacilar con tanta instabilidad?

Entre los Idólátras, pues, Varron con los otros, que fueron los ménos estóldos, argüían, como lo testifica San Agustin (1), que Dios era el alma de este todo, á que damos el nombre de Mundo; y que por eso á qualquiera parte de él, como á divina, le estaban bien las víctimas, las adoraciones, los altares, y las propias súplicas. Pero es fatiga muy ligera el confundir esta tan fabulosa Teologia; porque si por Dios se debe entender una Suprema Causa, perfectísima en todo género, es manifesto, que no puede tener el sér sino del modo mas noble que es posible, esto es, en sí mismo, y no en otro. Pues qué necesidad tiene de unirse al Mundo? Por ventura lo ha menester para obrar en el Mundo, ó para hacer que se obre? No para obrar, pues no puede recibir utilidad alguna de la materia; ántes tiene por prenda propia el poder hacer lo que quiere por sí, con exención plenisima de qualquiera otra causa, aun instrumental, que concurra. No para hacer que se obre, pues para este fin no necesita de estar unido á las cosas, como parte de algun compuesto: basta

F 2

que

(1) *De Civit. Dei, lib. 4. cap. 31. & lib. 7. cap. 6.*

que sea su Autor (1). Antes si por solo es el todo, está mas allá de lo posible, que sea parte, ó que jamas se haga tal.

Mas baste de esto; pues se halla hoy el Mundo tan sabio, que se avergüenza de oír, que se le traen á la memoria estas sus locuras antiguas, aunque para su utilidad mayor.

CAPITULO VI.

Pruébase que el Mundo no fué labor de la casualidad, y ni lo podia ser.

Las fieras, quanto son mas estólicas para dar en los lazos, tanto son mas valientes para quererlos romper despues que han caído en ellos. Mas qué? Con esto no hacen otra cosa que apretarlos mas. Mirad si no es lo mismo lo que les acontece á los Ateístas. Dan en falsedades exorbitantes, y para salir de ellas se van despues entredando mas siempre, apretados con mayores dificultades, porque quisieran sacudir las menores. Viendo, pues, que no pueden sin necesidad negar que fué hecho el Mundo, confiesan que fué hecho; mas quién por eso, dicen, tiene necesidad de reconocer mas arquitecto que la casualidad? Con esto se salva, que no tenga el sér por sí; y con esto se salva, que tampoco tenga el sér de algun Dios, pues la casualidad es bastante para hacerlo todo.

Y veis aquí (quién lo creyera!), veis aquí, que deseoso de mantener el crédito á este ciego, sale al campo un Demócrito tan loco, que se reía siempre, y solo en esto sabio, se llegaba tambien á reír de sí mismo.

(1) S. Thom. contra Gent. lib. 1. cap. 18. & 27.

mismo. Yo no me duelo tanto de él, como de quien le dió título de Filosofo; pues no merecia ni aun el de Poeta, fingiendo no solamente lo inverisimil que sucediese, mas lo imposible de suceder. Se le antojaba á éste que antes de este Mundo, por toda la eternidad, no hubo mas que un infinito pueblo de cuerpecillos voladores, mas tan chiquitos, que para esquadronar mil de ellos, pudiera facilmente servir de plaza la mas mínima punta de una abuja. Este número sin número de cuerpecillos, quan imperceptibles en la cantidad, tan desiguales en la fuerza, revolviéndose casualmente ya acá, ya allá por inmensos espacios; despues de un curso de infinitas combinaciones despropositadas, últimamente, se abatieron á dar en el blanco; porque concurriendo accidentalmente á juntarse de un modo hermoso, formaron esta fábrica tan estupenda que se llama Mundo. Y veis aquí los materiales de tan gran máquina los átomos: veis aquí los laborantes, el movimiento: veis aquí el Ingeniero, la casualidad. Parecióle cosa ridicula á Aristóteles (1) el fatigarse en mostrar que el Mundo no fué operacion fortuita, mas pretendida por la naturaleza, esto es, por una arte sumamente prudente en sus labores: de adonde fuera mas conveniente tratar á Demócrito, como le trataron sus ciudadanos, que en vez de empeñarse en refutar con las respuestas de los sabios estas sus necedades, se le entregaron á Hipócrates para que le curara con el heleboro (2), como se curan los locos. Sin embargo, porque las máscaras hallan muy de ordinario mas apasionados amantes que la verdad, me tomaré licencia para vuestra preservacion de abatir la razon aun al uso de reprobar los delirios.

§. II.

Decidme, pues, si les dáis entrada en vuestro co-

(1) Lib. 2. Phys. c. 6. & 9. (2) Yerba medicinal.

razon, quién hizo estos cuerpecillos, quién los desen-
cerró, y debaxo de qué piedra se molió esta harina vo-
ladora de que se han engrudado todas las cosas? Se
hicieron por ventura los átomos por sí mismos? Si es
así, luego obraron ántes que fuesen, y se comunica-
ron el sér á sí mismos ántes de poseerlo. Fuéron pro-
ducidos por alguna causa extrínseca? Por cuál? Será
menester confesar finalmente, aunque os pese, este
Hacedor Soberano, esto es, este Hacedor que no sea
hecho; y será menester postrarse delante de su trono
despues de haber locamente intentado combatirle con
estas ballestas de niebla.

No, replica Demócrito, temeroso de que le deis
aquí por vencido: son creados estos átomos, son
eternos, y tienen por sí mismos todo el sér. Luego
á estos mínimos cuerpecillos, que apenas son, les com-
petirá, en sentençia de los Ateístas, el mas hermoso
blason que corona la frente de un Dios reynante, que
es el no conocer causa alguna de sí, y el de verse á
sí solo su esencia y su existencia: cosa que, como ha-
bemos visto, no le puede competir ni aun al mismo
Universo. Esto sería deshacer un Dios, por introdu-
cir, estoy por decir, tantos Dioses, quantos son los
cuerpecillos de que se forma la máquina del Mundo.
Fuera de que, qué ocupacion tuvieron estos átomos
tan felices por toda la eternidad? Han estado siem-
pre vagueando? Luego habrán hecho otras veces en
este gran teatro otras conjunciones, otras apariciones,
otras representaciones admirabilísimas, y habrán entre-
giéndose hecho nacer otros Mundos, que despues se
habrán convertido en humo. Han estado, pues, siem-
pre sosegados á manera de desmayados? Mas quién
les dió el primer movimiento? Qué atambor, qué
trompeta despertó aquel ejército dormido? Qué fué
el sargento que le repartió en esquadrones? Y qué
el capitán que le precedió en tan hermosas ordenan-
zas? La experiencia nos demuestra, que los cuerpos
no

no vivientes no son capaces de producir por sí mas
que un movimiento solo de la circunferencia al cen-
tro si son graves; y del centro á la circunferencia si
tienen algun principio de ligereza. Qué motor, pues,
fué el que les imprimió aquellos movimientos tan va-
rios, sin los cuales no podia resultar tanta diversidad
de hechuras; pues no diferenciándose los átomos uno
de otro mas que en la figura, no pueden tener en sí
aquellas inclinaciones tan opuestas, que eran menester
para juntarse en tan diferentes mezclas (1)? Basilio,
Emperador del Oriente, habiendo en una batalla des-
hecho á los Bulgaros, usó con quince mil de ellos, pri-
sioneros de guerra, esta desacostumbrada crueldad de
sacarles á todos los ojos. Mas qué? Con tan grande
crueldad mezcló esta leve misericordia de dexar en ca-
da ciento de ellos á uno con solo un ojo, para que les
sirviese á los otros de guia en la vuelta á su patria.
No así Demócrito y sus secuaces. Estos, mucho mas
crueles á un ejército innumerable de átomos por sí cie-
gos, no le señalan ni aun una guia sola con vista que
los dirija, mas quieren que á tantos esquadrones in-
mensos de ciegos les haga la escolta en el viego uno
mas ciego que todos ellos, se la haga la casualidad.
Veis aquí, pues, qué quiere decir ser Ateísta! Quie-
re decir, no creer una verdad sumamente hermosa, por
crear infinitas mentiras ridículas. Y apreciáis una tan
miserable libertad como la que tienen éstos del vín-
culo de la Fé? Verdaderamente estan libres, no os
lo niego: mas libres como queda un baxel en el mar,
quando sacudidas las maromas con que la áncora le
tenia firme, no puede esperar mas entre las tempera-
radas que hacerse astillas en el primer escollo. Veamos,
pues, si la razon es bastante para reducirlos á mejor pa-
recer.

§. III.

(1) *Tursel. Epit.*

§. III.

Mas ántes de todo lo demas es menester que establezcamos conformemente entre nosotros, qué es casualidad; porque por aquí se verá, si jamas ha sido posible que haya sido el Ingeniero del Universo. Casualidad no es otra cosa que una causa accidental de algun efecto que acaee rara vez; y quando acontece es siempre fuera de lo que pretendia el operante, ó de lo que previa (1). Veis aquí pronto el exemplo. Avicena (2), Médico ilustre, despues de haber leído y releído muchos años todos los volúmenes de las sutilezas Metafísicas que conocia, determinó abandonar el estudio de esta ciencia; tan superior le pareció á su propia capacidad: quando habiendo llegado un dia á la plaza para hacer sus negocios, halló en ella á un revendedor que daba libros viejos á baxísimo precio. Convidado de tanta facilidad, dió Avicena tres reales, y compró con ellos un volumen insigne, de que no tenia noticia, que era la Filosofia comentada por Albumasar. Leyóla, y de allí sacó tanta luz, que para salir Metafísico sublimísimo, no tuvo necesidad de otro director. Este encuentro tan favorable fué casualidad; porque fué rarísimo, pues no suele acontecer comunmente que de ir á una plaza procedan semejantes ganancias; y fué casualidad, porque fué impensado, pues Avicena no iba á la plaza para comprar libros, mas para comprar que comer. Ahora, qué de estas dos condiciones me tratareis en la constitucion del Universo para demostrarme que le produjo la casualidad? Allí no vemos que resulta un efecto, para cuya consecucion no haya puesto la naturaleza su medio, y su medio directo. Ni vemos que de este medio resulte aquel efecto una vez ú otra, mas vemos, que resulta ordinariamente. Si estas, pues, no

son

(1) Arist. 1. 2. Phis. c. 7. (2) Theat. Vet. vol. 21. l. 4.

son obras del arte, cuáles lo serán? Antes sobre los dos principios que ahora os he traído, como sobre dos sólidas basas, habemos de levantar tales máquinas contra la casualidad, que caiga despenada á lo profundo. Comencemos por la primera.

CAPITULO VII.

Por lo que procura la naturaleza aquellos efectos que consigue, se manifiesta que no obra acaso.

Qualquiera artífice recto, segun la doctrina que da el Doctor Angélico (1), considera tres cosas en sus diseños. Considera el fin de la obra, como es quando ha de fabricar una casa, para quién la fabrica. Considera las proporciones que se han de guardar; esto es, la proporcion general de la obra con el fin, y la proporcion especial de cada parte de la obra con las otras. Y finalmente considera cuáles son los medios que mas promueven este fin, y apartan todos sus embarazos, valiéndose para eso de modelos, de peones, y de máquinas las mas acomodadas que pueden hallar para aquella necesidad. Todas estas consideraciones, propias del arte, resplandecen maravillosamente en las operaciones de la naturaleza: de donde si de ningun artífice, que proceda conforme á las dichas reglas, se dirá que obra acaso, mas que ántes obra con sabiduría suma; por qué se ha de decir solo de la naturaleza? Por ventura no la observa siempre divinamente? Mirémoslo en lo que cada uno tiene delante de los ojos.

§. I.

La naturaleza quiere que los animales no se dexen de nutrir, por la necesidad que todos tienen de

Parte I.

G

(1) S. Thom. 1. dist. 39. q. 2. art. 1.